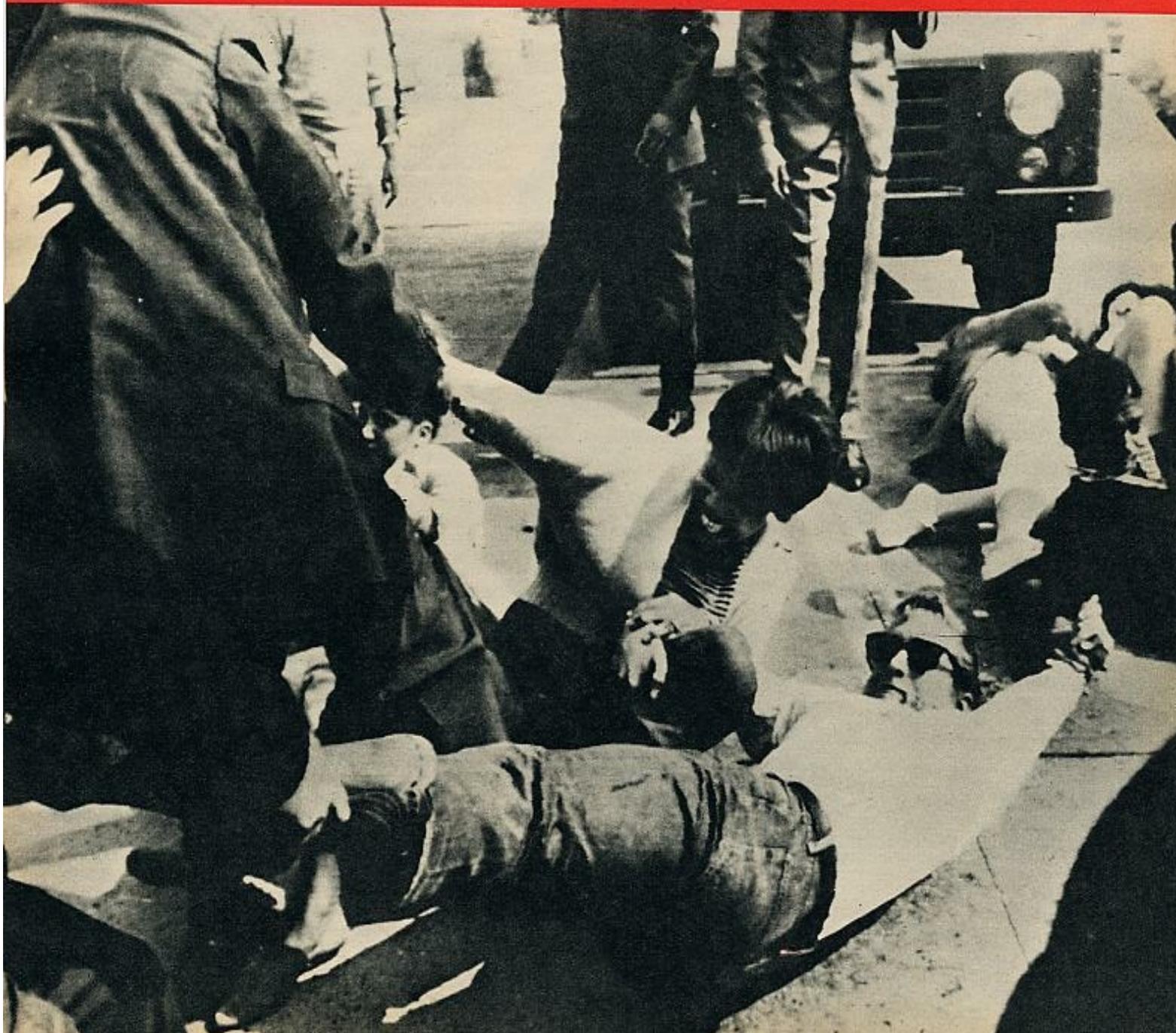


REVOLUCION NEGRA

SELMA

ODIO Y VIOLENCIA

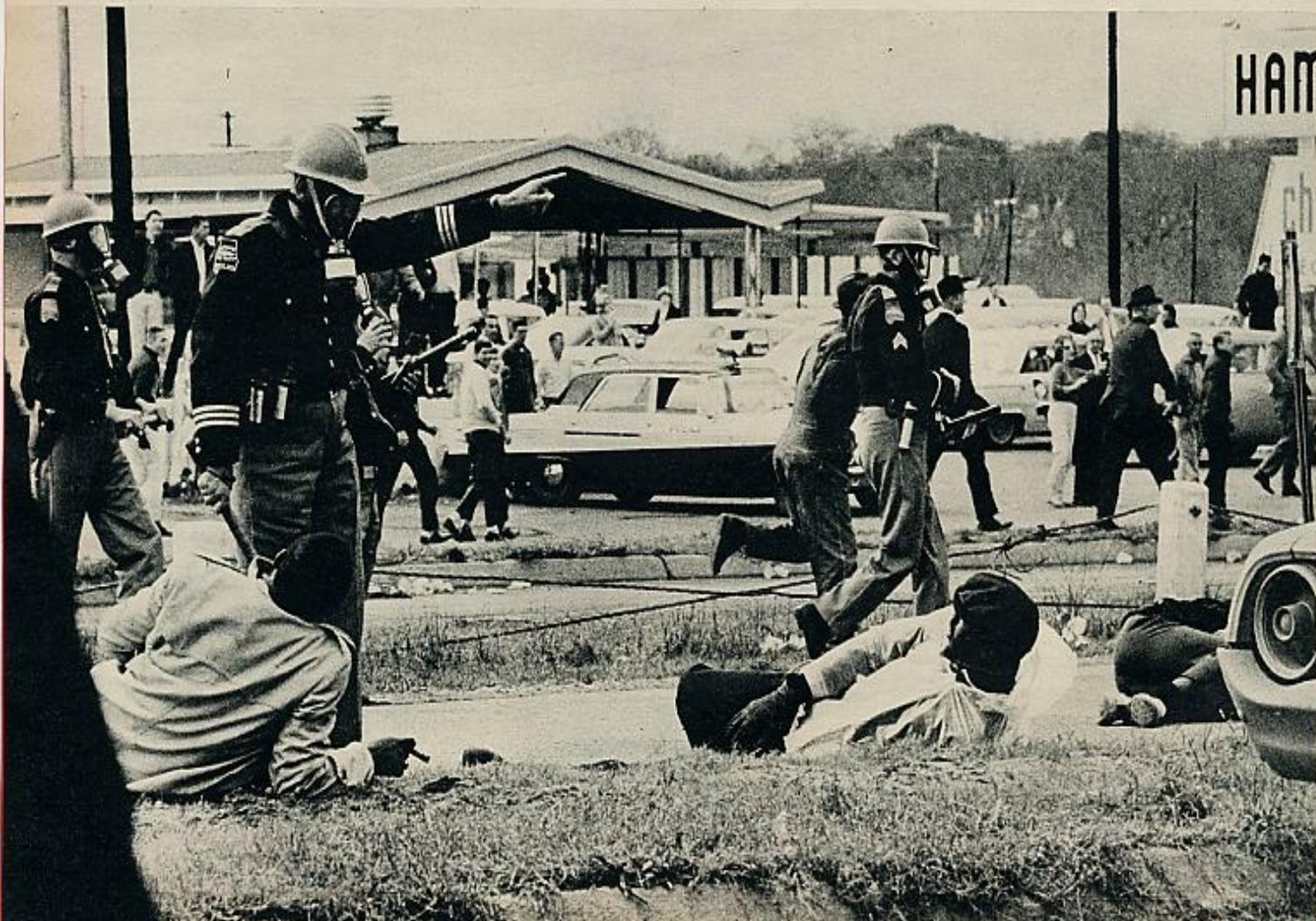




Al otro lado de la línea racial está Wallace, con su Policía. La represión es brutal, sangrienta. Johnson y Wallace se entrevistan luego en Washington. Johnson habla de la «dignidad humana», de la «justicia», de la «Constitución». Los negros continúan decididos su lucha. **SIGUE**



Los negros se manifiestan pacíficamente, sin violencia. Cuando la Policía carga, resisten el ataque, de rodillas, impasibles. Tienen la fuerza y la firmeza que da la razón. Pasada la represión, vuelven a comenzar, entonando espirituales y su himno «Venceremos» y observando con rigor la consigna de no-violencia.



EN el otoño de 1955, en Alabama, dos mil estudiantes en pleno paroxismo racista gritaban ante la Universidad: «¡Alabama es blanca!». Aquella mañana, una muchacha negra había asistido a las clases, escoltada por la Policía. A la noche, la fatídica cruz del Ku-Klux-Klan ardía ante el centro escolar. La marea negra comenzaba a ascender y las fuerzas más fanáticas del racismo del Sur, del «Dixieland», cobraban nueva forma y se disponían a recuperar una tradición cruenta para defender sus privilegios en el choque que se anunciaba como la batalla final. Cerca de veinte millones de negros tomaban conciencia de su poder surgiendo de sus «ghettos» limitados por el terror de la Ley de Lynch y los puritanos encapuchados del Klan. Veinte millones de negros decididos a luchar contra los fantasmas del pasado, contra su condición de desterrados de su propio pueblo, contra su ignorancia...

En el recuerdo, todavía muy vivo, había una guerra, librada, se decía, para destruir las cadenas de la esclavitud sureña; había también 3.437 linchamientos. Y había la huella de un esfuerzo tenaz, desarrollado sin pausa desde 1908, a raíz de una matanza, cerca de la casa de Lincoln, el emancipador, promovida por los mantenedores, a contra historia, de la desigualdad de derechos: la fundación de la N. A. A. C. P., las luchas de Du Bois, de Howells, de Wise, de Douglass... de infinidad de predicadores de la no violencia; la creación de la secta de los Black Muslims, en Detroit, los campeones del nacionalismo negro, con «el profeta» Fard a la cabeza, y más tarde con Elijah Muhammad y aquellos hombres de la anónima «X», a los que un día Alá llamaría por su verdadero nombre... Y finalmente las luchas por la integración escolar, que entonces comenzaban... Había más: el proceso de Dred Scott, el 6 de mayo de 1857, cuando el Tribunal Supremo declaraba que un negro «no es un ciudadano»; y luego la enmienda que lleva el número 13, proclamando la supresión de la esclavitud; y el principio de «separados pero iguales», que esterilizaba la ley integradora. Y la enmienda 15, garantizando el derecho de voto; y los gobernadores-dictadores de «Dixieland» impidiendo, incluso con la violencia, su cumplimiento. Y el caso Scottsboro, en 1931, cuando los propios tribunales legalizaron el linchamiento de ocho negros. Y el movimiento Garvey, que llegó a agrupar a seis millones de hombres de color... Todo este azaroso pasado, toda esta corta pero intensa historia de ciegas turbulencias, desembocaba torrencialmente en las cálidas tierras sujetas al reinado de los «dixiecrats», de los pequeños Hitlers de los algodones, cien años después de la guerra civil, cuando, avanzados los años cincuenta, la situación racial recobraba su máxima tensión. Se había decidido que la integración fuese algo más real que el enunciado de unas enmiendas constitucionales, y la resolución se había adoptado con firmeza inquebrantable asumida por millones de negros y encarnada en la voluntad de un hombre: el pastor Martin Lutero King.

IMAGINAD lo que sería el mundo todo Sur...»; en todas las latitudes, desde los poetas hasta los políticos, millones de testigos se volcaban sobre el mapa sangriento de Alabama y Arkansas, Virginia y Georgia, Mis- **SIGUE**



Los fascistas norteamericanos también son racistas fanáticos y en este sentido se manifiestan. Entre tanto, en Alabama se ha disparado contra el reverendo James Reeb, que morirá en el hospital. «El único crimen de Reeb ha sido el de protestar contra la inhumanidad del hombre para con el hombre», se dijo en las iglesias.



CHIQUILIN

para los hombres del mañana



O.E.S.T.E



Provisiones a base de CHIQUILIN es alimentación asegurada, como si nos enviaran azúcar, huevos harina y mantequilla. ¡Así da gusto "espeleologar"!

GALLETAS

CHIQUILIN

nutren y ayudan a crecer

ARTIACH

PRIMERA MARCA NACIONAL



«Imaginad lo que sería el mundo todo Sur...», ha gritado el poeta. Para que no lo sea se manifestaron en Washington, ante el monumento al «Emancipador», centenares de miles de personas. El movimiento negro, que es una lucha social más que racial, amenaza con conmovir toda la estructura norteamericana.

Mississippi y Tejas... Agitada geografía, la de Nashville y Little Rock, Fort Smith y Anderson, Harleston y Hot Springs... Nómina turbia, la de los Orval Faubus y Lemley, Miller y Almond, Kasper y Wallace... Corren ya los años sesenta. La integración escolar se va imponiendo, aunque sólo simbólicamente, porque está subordinada a la integración total. Martin Lutero King y los suyos no tienen prisa. La Historia está de su parte. La América «honesta» —como escribe Philippe Ben— les apoya. La «marcha sobre Washington» ha logrado profundas repercusiones. Luego, Meridian —el linchamiento de tres propagandistas de la integración— revelará que la lucha no es fácil, que será necesaria una honda revolución estructural, que las clases dominantes del Sur se defenderán a muerte... De ahí que el movimiento de los «Black Muslims» resulte reforzado. Un movimiento que cuenta, además, con el ejemplo de la descolonización africana. Pero sus miembros están divididos: uno de sus jefes, el más popular, acaso el más político, el mejor táctico, Malcolm X, muere a manos de hombres de su propia raza.

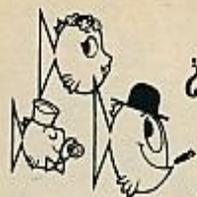
El movimiento negro ha cambiado de frente. Se batallará ahora, pacíficamente, en favor del reconocimiento real del derecho al voto de la población de color. Es decir, se luchará para que la Constitución sea algo más que una coartada

de las buenas conciencias, en el país que encabeza teóricamente la defensa de los derechos humanos. Millares de negros emprenderán una y otra vez marchas pacíficas, con el reverendo King, Vivian, Abernathy y Reed en primer término. Selma, en Alabama, será el escenario elegido. Pero al otro lado de la línea racial está Wallace, otra vez, con su Policía. La represión es brutal, sangrienta: los negros se arrodillan y rezan. Los agentes cargan sin compasión. ¿Qué hace entre tanto el Gobierno federal? En una iglesia donde se reúnen antes de recomenzar centenares de hombres de color, se escucha una voz: «No comprendo cómo Johnson puede enviar soldados al Vietnam y al Congo y no puede mandarlos a Alabama». Luego los negros entonan la canción «Venceremos», y en filas de cuatro en fondo salen a la calle. Estallan las bombas de gases lacrimógenos. Suena un disparo y un muchacho negro, Jimmy Lee, cae asesinado. Se suceden las noches de terror y ansiedad. Al amparo de la oscuridad, un grupo de blancos dispara contra el reverendo James Reeb, que muere a los pocos días en el hospital de Birmingham. Johnson cobra conciencia de la trágica situación y llama a Wallace a Washington para formularle una dura advertencia: deberá crear comités interraciales, declarar el derecho de todo ciudadano a manifestarse públicamente, el derecho a votar... Y anuncia que el Ejército está preparado para acudir a Selma. Johnson habla de la «dignidad humana», de la «justicia», de

la «Constitución». Palabras... Los negros siguen en pie, en medio del violento torbellino. Reina en la Casa Blanca un clima de nervios... hay manifestaciones en Washington. Un grupo invade la residencia presidencial. En los púlpitos se lee una pastoral: «El único crimen de Reeb —se dice en ella— ha sido el de protestar de la inhumanidad del hombre para con el hombre».

PERO, ¿dónde está el origen de la crisis, cómo debe plantearse el problema real, cuáles son sus términos exactos? ¿Se trata de una pura lucha de razas, de la violenta defensa por parte de los blancos de un principio irracional?

James Boggs, un negro que ha llevado a cabo un estudio a fondo de lo que llama «la revolución norteamericana», ha tratado de encontrar la respuesta. Para él, la guerra civil no representó una humanísima cruzada en favor de la liberación de los esclavos. Fue, por el contrario, una contienda de intereses que permitió a los Estados Unidos industrializarse; no terminó con la declaración de Lincoln, sino con el acuerdo de 1877, mediante el cual el capital norteamericano y la aristocracia sudista llegaron a un compromiso: el Sur podría mantener su sistema real de castas, bajo la capa de la igualdad formal; un sistema que condenaba a los negros, para siempre, a cosechar algodón. A cambio, el Norte obtuvo de las ri- **SIGUE**



¿por qué... PANTALONES

Terlenka® ?
fibra poliéster



¿Cómo que por qué? Porque los pantalones **Terlenka** son cómodamente masculinos para "ellos". Esbeltamente femeninos para "ellas". Conservan su raya permanente, son adaptables y pronto, muy pronto también elásticos. Cumplen fielmente las normas internacionales de *lavar y llevar*.

Homologación LA SEDA DE BARCELONA, S.A.



SERV. ENKA. 100 B-2

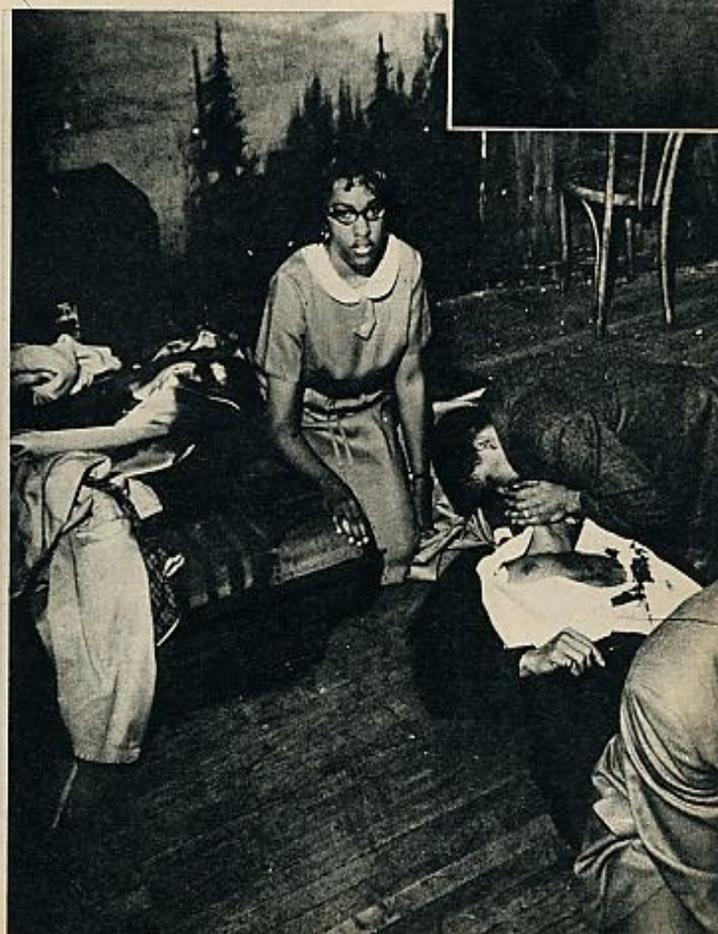
SELMA

cas cosechas algodoneras —exportadas a Inglaterra y a otros países— los capitales que necesitaba. Hasta entonces, la rebelión negra no había recibido el nombre de conflicto racial. Había sido una rebelión social, pura y simple. A partir del acuerdo se introdujo una desorientadora modificación verbal, que enmascaraba el carácter concreto de la lucha: una lucha de clases. La segregación se utiliza en el plano económico-social: afecta al trabajo, la vivienda, los precios. Por encima se creó una aristocracia obrera blanca, interesada en la misma explotación. Cuando los negros reclaman el derecho a votar, formulan en realidad una reivindicación más honda: quieren el poder político para transformar el orden existente. La falta de este poder —su ausencia de las capas políticas dirigentes, su escasa influencia sobre las tropas federales, la Policía, las comisiones de comercio, las de empleo, las escolares, los registros electorales, etc.— constituye su debilidad principal. Para vencerla, veinte millones de negros se disponen a salir a la calle. Sin armas, sin violencia, entonando cánticos, formando manifestaciones pacíficas, pero con la firmeza que da la razón frente al odio irracional, frente al terror desencadenado por los inmovilistas.

He aquí cómo la lucha negra adquiere, a esta luz, un carácter mucho más decisivo, más radical, más revolucionario. He aquí cómo su significación histórica reviste un alcance fundamental para el mundo.

E. G. R.

(Fotos CIFRA y FOTOPRESS)





Malcolm X, ha caído asesinado. Los «Musulmanes negros» están divididos. Malcolm, acaso el más político entre ellos, el táctico más hábil, había elegido un derrotero propio y la secta lo ha liquidado. Una secta cuyo fanatismo es correlativo al fanatismo blanco del Sur, y en consecuencia. Sus hombres tratan de inspirarse en el ejemplo de sus hermanos de raza africanos. Esta muerte agrava aún más una situación de agudísima tensión.

